

Los dos, caballero y bandolero, se admiran mutuamente. Roque confiesa a Don Quijote que cayó en la vida de bandolero por una fuerza que le mueve hacia la venganza, pero junto a ella hay siempre la buena intención. Tratando de combinar sus pecados con la posibilidad de volverse hacia Dios, Roque reconoce que vive en un laberinto de confusiones. Don Quijote en seguida le aconseja algo que podrá quitarlo de esa angustiada división entre Dios y el Diablo: «Si vuesa merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo; que yo le enseñaré a ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que, tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo»<sup>23</sup>.

Quien de hecho practicara la buena acción es Roque, que conociendo los deseos de Don Quijote de llegar a Barcelona, trata de escribir una carta a un amigo suyo, pidiéndole que los reciba al caballero y a su escudero en su casa. De hecho, Roque, aunque vive por los caminos, tiene acceso a la ciudad. Las luchas que ocurrían en los campos, en el caso del bandolero, muchas veces significaban una prolongación de disputas entre grupos urbanos.

La admiración recíproca entre Don Quijote y Roque se debe, sobre todo, al hecho de que los dos son movidos por la misma sangre. Don Quijote, con todo su anacronismo, quiere ser un caballero que los tiempos ya no comportan. Un caballero andante conoce los caminos, pero no sobrevive para conocer la ciudad. En verdad, Don Quijote muere en Barcelona. Será ahí donde Sansón Carrasco se disfrazará de caballero de la Blanca Luna y lo desafiará para una batalla que se resuelve en la promesa de Don Quijote de dejar las armas por el período de un año.

Al fin y al cabo, la ciudad es incompatible con la caballería andante y si Don Quijote se encuentra con Roque en las afueras de Barcelona, eso por un lado tiene una equivalencia con el espacio de actuación del bandolero de carne y hueso; sin embargo, por otro lado, desde la perspectiva de la novela, ese encuentro significa una larga despedida de dos épocas. De hecho, en ese solemne encuentro, a las puertas de la ciudad, Don Quijote le deja simbólicamente sus armas al bandolero.

A partir de ahí, de manera más decisiva, Don Quijote parece orientar sus reflexiones hacia el caballero que él, en el fondo, no es. La crisis de certezas invade su interioridad y no le queda otra salida sino la muerte. Pero las dudas de Don Quijote sobre sí mismo y sobre su proyecto no nacen ahí; vale recordar que desde el principio de la segunda parte él empieza a dar muestras de algo que, en sus adentros, lo atormenta. Aunque su fracaso ante la realidad parece ser puramente exterior, la problemática interior del personaje va ampliándose y sus acciones van perdiendo todo y cualquier simbolismo épico. Algo se partió en su interior, y la distancia entre lo que está fuera y lo que se lleva por dentro va haciéndole la vida insostenible.

Llevando consigo también la marca de esa ruptura entre la interioridad y el mundo, Riobaldo traza el camino de vuelta en busca de una reconciliación. Se pone a contar su historia para entender lo vivido. Quiere encontrar lo cristalino de los hechos, el

<sup>23</sup> *Id.*, *ibíd.*, p. 49.

«saber definido» —como dice él— pues ya no dispone de los límites de las cosas; su búsqueda camina hacia el encuentro de esa medida:

... eu careço de que o bom seja bom e o ruim ruim, que dum lado esteja o preto e do outro o branco, que o feio fique bem apartado do bonito e a alegria longe da tristeza!<sup>24</sup>.

¡Cuánta admiración le causa un tipo certero como Jõe Bexiguento!, un auténtico yagunzo, libre de dudas e incertidumbres, que sabe poner cada cosa en su sitio como la bala que dispara de su rifle en busca del enemigo.

Duro homem jagunço, como ele no cerne era, a idéia dele era curta, não variava. — Nasci aqui. Meu pai me deu minha sina. Vivo, jagunceio... — ele falasse. /.../ para o Jõe Bexiguento, no sentir da natureza dele, não reinava mistura nenhuma neste mundo — as coisas eram bem divididas, separadas<sup>25</sup>.

Dividido entre los contrarios que se armonizan a lo largo de su existencia, Riobaldo se dedica ahora a reconstruir sus recuerdos y, como confiesa a su interlocutor, «Tem horas antigas que ficaram muito mais perto da gente do que outras, de recente data. O senhor mesmo sabe»<sup>26</sup>. En el dibujo de la memoria, siguiendo el orden que él mismo determina, se confunde el yagunzo puntero con el intelectual que siente y piensa; el hombre que reflexiona, trata de entender al que actúa. Al fin y al cabo, Riobaldo se metió a yagunzo a partir de un cierto encantamiento que le causaron unos versitos que oyó de un yagunzo, en una fría madrugada del mes de mayo. Lllaman a la puerta de la hacienda São Gregorio, y el padrino Selorico Mendes y Riobaldo reciben a un grupo de hombres armados —caballeros en guerra—. Estaban luchando por cuestiones políticas y pedían un sitio que los ocultase durante el día para seguir viaje por la noche, apagando las huellas por donde habían pasado. Riobaldo les va a indicar un escondrijo y en el camino, mojándose los pies con la hierba rociada, uno de los componentes del grupo canta una canción —la de Siruiz— que le impulsa no solamente hacia la creación de otros versos sino que también, de manera más definitiva, hacia la vida de yagunzo:

O que eu guardo no giro da memória é aquela madrugada dobrada inteira. Os cavaleiros no sombrio amontoados, feito bichos e árvores, o refinfin do orvalho, a estrela-d'alva, os grilinhos do campo, o pisar dos cavalos e a canção de Siruiz. Algum significado isso tem?<sup>27</sup>.

Antes de meterse a yagunzo, Riobaldo será, por un tiempo, un maestro que se encarga de enseñar todas las asignaturas a un jefe de bando —Zé Bebelo—: un tipo muy inteligente que tiene el propósito de convertirse un día en diputado.

Además de compositor y profesor, Riobaldo será también lector; lector, en los momentos de descanso, de *Sinclair das Ilhas*<sup>28</sup>:

Foi o primeiro desses que encontrei, de romance, porque antes eu só tinha conhecido livros de estudo. Nele achei outras verdades, muito extraordinárias<sup>29</sup>.

<sup>24</sup> GSV, p. 169.

<sup>25</sup> *Id.*, *ibid.*, p. 170.

<sup>26</sup> *Id.*, *ibid.*, p. 78.

<sup>27</sup> *Id.*, *ibid.*, p. 95.

<sup>28</sup> *Marlyse Meyer en «O que é, ou quem foi Sinclair das ilhas? (Revista del Instituto de Estudos Brasileiros. S. Paulo, Universidade de S. Paulo, n. 14, 1973, pp. 37-63) dice que se trata de una novela escrita en 1803, publicada en Inglaterra. Alcanza gran popularidad en Brasil pero, cuando llega, trae ya un ropaje afrancesado hecho por Madame de Montelieu. El héroe de la novela —Sinclair— es un jefe de bando muy valiente que tiene enorme valor en todos los sentidos y luego será excelente esposo y padre.*

<sup>29</sup> GSV, p. 287.

Un yagunzo intelectualizado; así será Riobaldo. Un yagunzo distinto de los demás; encuentra verdades en una novela y tiene convicción de que las acciones se inician a partir de las palabras:

O que eu vi, sempre, é que toda ação principia mesmo é por uma palavra pensada. Palavra pegante, dada ou guardada, que vai rompendo rumo<sup>30</sup>.

Más que Riobaldo, quien trae consigo esa verdad es Don Quijote. Para él, la palabra es anterior a las cosas. El mundo se organiza a partir de los libros y sus criterios son totalmente novelísticos. La palabra para el caballero también será el principio de la acción y todo empieza con el propósito de extender las letras en la vida.

Su trayectoria le muestra que el mundo ya no se reconoce en la unidad. Y no solamente el mundo, sino también él mismo. Desde el día en que Don Quijote se entera de que el libro que cuenta su historia ya circula entre lectores, es como si una escisión se iniciase en su interioridad. Desde el principio de sus andanzas espera que un sabio se encargue de contar su historia en libro. Sin embargo, al encontrarse con sus lectores, a lo largo de la segunda parte, es como si ellos se encargasen de la representación, fingiendo creer que de hecho él es un caballero y, así, la necesidad de luchar y de persuadir poco a poco va dejando de existir. Las dudas del caballero empiezan a atormentarlo y él va perdiendo la deseada seguridad en sí mismo. Las aventuras por las cuales pasa van poniendo en evidencia que él pertenece a las letras y que no consigue conciliarlas con las armas. En el fondo, es uno, pero le gustaría ser otro. Un personaje problemático —no solamente por los sucesivos desencuentros entre él y el mundo, tan evidentes, sino, sobre todo, por la crisis de certezas que va invadiendo su historia—.

Tanto Don Quijote como Riobaldo son intelectuales que tratan de rescatar el sentido de la vida a través de la acción. La trayectoria de Don Quijote lo conduce hacia la pérdida de ese sentido y el encuentro inevitable con la muerte. La aventura de Riobaldo será la de recordar lo vivido que es la manera que él encuentra para tratar de rescatar el sentido de su historia. Al fin y al cabo, son las dudas y las incertidumbres que producen el movimiento dinámico y diverso donde palpitan la vida y los deseos.

<sup>30</sup> *Id.*, *ibíd.*, p. 137.

## M. Augusta C. Vieira Helene

«Madrid ha sabido ser España, España entera, que es la España del gobierno leal al pueblo...»

